

V I S I T A A L A S I S L A S
D E G A L Á P A G O S

T H E O D O R W O L F

Ediciones **elaleph**.com

Editado por
elaleph.com

© 2000 – Copyright www.elaleph.com
Todos los Derechos Reservados

9 de agosto. Navegábamos con un viento de intensidad pareja, haciendo unas nueve millas marinas por hora, pero el tiempo estaba desapacible y el cielo cubierto.

La primer ave acuática que vino a nuestro encuentro desde las islas, fue un inmenso albatros, pero poco a poco aparecieron otras. La temperatura del mar descendió a 250 y hacia la noche a 240. Ese día no fue posible efectuar observaciones solares, una circunstancia tanto más adversa cuanto que pronto íbamos a encontrarnos en el meridiano de las islas orientales. Marineros menos familiarizados con las corrientes de esas aguas que el capitán Petersen, a menudo pasaron de largo por ellas y hace pocos años un capitán regresó a Guayaquil después de haberlas buscado durante un mes sin haber logrado su propósito. Por fortuna, antes de caer la noche, un marinero divisó tierra desde la cofa, en

dirección noroeste. El propio capitán subió para cerciorarse y reconoció enseguida el Pan de Azúcar, una montaña cónica en la punta nordeste de la isla Chatham. En esa región debía encontrarse en esos momentos el campamento de los recolectores de Orchilla, y nuestra intención era pasar primeramente por allí. En el lado oriental de Chatham no hay ningún lugar apropiado para fondear y dado que el mar estaba muy agitado, el capitán resolvió pasar la noche frente a la costa. Hacia la medianoche se levantó un violento temporal que nos obligó a eludirla y regresar a mar abierto para evitar el peligro de naufragar.

10 de agosto. A la mañana advertimos que nos habíamos desviado bastante hacia el sud de Chatham y pronto avistamos la isla Hood. El señor Petersen me aseguró que en diez años jamás había pasado una noche semejante en ese mar y que la tempestad había sido un acontecimiento inusual, pues en ninguna otra parte merece el océano con más justicia el nombre de Pacífico. Por esta razón nos atrevimos a navegar hacia las islas desde Guayaquil en pequeñas chalupas. De ordinario, lo único que cabe temer son las fuertes corrientes del mar.

En el transcurso de la mañana el viento tempestuoso fue amainando poco a poco, pero el mar seguía embravecido y no hubiera sido sino con gran pérdida de tiempo y muchas dificultades como hubiésemos podido alcanzar la punta norte de Chatham. En consecuencia, rumbeamos directamente hacia Floreana (Isla Charles), con viento a favor. Por cierto, lamenté pasar tan cerca de la isla Hood sin poder desembarcar en ella, si bien por lo que ya había oído decir y lo que pude ver a distancia, de todas era la menos interesante. Su contorno es ovalado y su mayor diámetro mide sólo ocho millas marinas. En toda su circunferencia, el suelo se eleva de manera uniforme hacia el centro y forma allí una comba chata. De acuerdo con las cartas marinas inglesas, la elevación no alcanza sino unos 195 metros. Interrumpen la uniformidad y regularidad de esa bóveda esporádicas e insignificantes lomas cónicas aplanadas de escoria. Con la ayuda de un buen anteojo de larga vista logré distinguir la vegetación grisácea, casi desprovista de hojas, que cubre precariamente el pardo suelo de lava, una vegetación que mis tarde hallé en todas las islas de la región inferior. Como curiosidad zoológica señalo que el albatros habita esta sola isla en tal cantidad que todo el

campamento de recolectores de orchilla¹ (más de sesenta hombres) se alimentó durante un mes principalmente de sus huevos, aun cuando cada hembra no pone sino uno. Tal vez se trate del difundido albatros del Cabo de Buena Esperanza (*Diomedea exulans*), muy frecuente, como su nombre lo indica, en los alrededores del Cabo de Hornos. La isla de Hood no es apta para la agricultura. Todas las personas que estuvieron allí, me hicieron vivas descripciones de la terrible aspereza de los campos de lava que cubren toda la isla. Tampoco hay en ella una sola gota de agua dulce porque la que cae en la época de las lluvias no se puede acumular en ninguna parte y se escurre enseguida por las capas porosas de lava. Esta isla no llega a entrar en la región húmeda de altura de todo este archipiélago, en la cual la lava se descompone y en combinación con una vegetación exuberante forma un mantillo fértil.

Por la mañana, la temperatura del agua de mar descendió a 23,5° en las proximidades de Hood a 230, y se mantuvo constante en todos mis viajes de ida y vuelta entre las islas. Deseo añadir que en mi viaje de regreso a Guayaquil en noviembre, hice las

¹ Liquen del cual se obtienen pigmentos violetas y rojos. (N. del T.)

mismas observaciones. de lo cual se deduce que en el archipiélago de las Galápagos reina en el mar la misma temperatura, bastante baja, de 23⁰ C similar a la de la costa de Guayaquil, y que esas aguas están separadas por una corriente marina de 3⁰C más templada que corre con dirección sudeste-noroeste. Además, la transición del agua más fría a la más tibia ocurre en forma paulatina y no tan de repente como se ha observado aquí y allá en los límites de las distintas corrientes marinas.

De Hood a Floreana media una distancia de cuarenta millas marinas. A mediodía, ya estábamos cerca de Gardner, uno de los pequeños islotes situados al este de las islas principales y que no son sino los rebordes de los cráteres, de formas muy características, que afloran del mar. Lo. isla Gardner es la más importante de ellas, con una altura de 250 metros, pero la isla Caldwell, más baja, muestra la forma de cráter más neta. Floreana emergía de tiempo en tiempo del tupido velo de niebla, sólo en forma incompleta y cuando ya estábamos próxima a ella. Al rodear su punta norte y entrar en la bahía Post-office, el mar se tornó tan sereno como un lago, algo muy grato, después de las últimas veinticuatro horas de borrasca. Al parecer, ese es el mejor

puerto y lugar de desembarco de la isla y uno de los más bellos de todo el archipiélago. No obstante, es poco utilizado por estar muy apartado de los poblados. Por esta razón continuamos navegando (con vientos en contra) bordeando el lado occidental rumbo a Black-Beach-Road o la rada de Playa Prieta, donde se encuentra el amarradero ordinario. En adelante, emplearé alternadamente las denominaciones españolas o inglesas, según sean las más usuales en el lugar. Así, por ejemplo, en la región sólo se conoce la isla Charles por su antiguo nombre Floreana, la isla James por Santiago, mientras que en otros casos los españoles adoptaron los nombres introducidos por los marinos ingleses. Algunos de los últimos sólo son meras traducciones de los antiguos nombres españoles, en cuyo caso se les da preferencia a estos.

A las seis de la tarde, el “Venecia” se encontraba a pocos metros de la orilla para fondear y pude contemplar entonces con ocio un paisaje por lo demás típico, iluminado por los rayos del sol poniente. Cuando uno se ve trasladado tan de súbito de Guayaquil, con su magnífica vegetación tropical, a estas islas, piensa un momento si en realidad se encuentra en el Ecuador y no en una comarca nór-

dica. Por cierto, sabía muy bien que no vería una seductora Tahití, pero había imaginado la vista de las Galápagos algo más agradable. La primera impresión es triste, melancólica y casi desconsoladora. Entre los ralos matorrales blancos grisáceos, se asoma en todas partes el suelo de lava pardo oscuro, de modo que en todo el paisaje predomina la lóbrega monotonía de los tonos pardos grisáceos. Sólo las altas cumbres muestran un vestigio de verde claro. Reina en toda la naturaleza un silencio sepulcral. Traté de consolarme pensando que la primera impresión a menudo suele ser engañosa y que a pesar de todo esas islas ofrecerían un gran campo a la investigación científica.

Como se había hecho tarde no bajamos a tierra y dormimos a bordo.

11 al 15 de agosto. Floreana es la isla en la cual Villamil fundó otrora su colonia, dando origen a una pequeña aldea de la cual hace tiempo no han quedado rastros. A media hora de Playa Prieta, hacia el interior de la isla, el señor Valdisan construyó una cómoda casa. Contigua a ella subsiste aún una mísera choza que es habitada de vez en cuando. El lugar se encuentra a 133 metros sobre el nivel del mar.

A una hora de allí, en el interior y la parte alta de la isla, este mismo señor fundó una pequeña hacienda en el lugar donde estaba la vieja aldea, que es cultivada por cuatro o cinco trabajadores y provee de bananas, batatas, papas y algunas otras hortalizas y frutas a las ambulantes compañías recolectoras de orchilla. En la época que coincidió con nuestra estada vivían en la isla catorce a dieciocho personas (incluidas las mujeres y los niños). Abandoné el barco muy temprano y en compañía del capitán Petersen subimos hasta las casas, donde la señora Valdisan nos tributó una cordial acogida. Su marido se encontraba en la isla Chatham.

Un vistazo al mapa sinóptico muestra que las cinco islas más grandes de las Galápagos: Albemarle, Narborough, James, Indefatigable y Chatham se encuentran entre el Ecuador y un grado de latitud sud. Sólo las tres pequeñas islas Abingdon, Bindloe y Tower están más allá de la línea y las islas Hood y Floreana, no mucho mayores, están al sud del grado 1. (Dos islas rocosas completamente intrascendentes, la Culpepper y la Weriman, situadas a ochenta millas marinas de Abirigdon, no se ven siquiera en la carta.) De ordinario, las Galápagos se calculan en trece islas agregándose a las ya nombradas las si-

guientes: Barrington, Duncan y Jervis, pero se pasan por alto los innumerables islotes y rocas que rodean las islas principales y no figuran en las cartas. En mi viaje sólo pude conocer la mitad meridional del archipiélago, a saber, las islas Floreana, Chatham, Barrington, Indefatigable y la parte sud de Albemarle, lo que quiero hacer notar expresamente, para que mis próximas observaciones y descripciones no se apliquen apresuradamente a todo el archipiélago, aun cuando por lo que pude saber de boca de personas confiables, en particular del capitán Petersen y por las impresiones de viajeros anteriores, quizá sea probable que rijan para la mayor parte de la mitad septentrional. Esta es al parecer más pobre aún en organismos vivos, pero en cambio evidenciaría fenómenos geológicos (volcánicos) muy uniformes, quizá más acentuados.

El archipiélago de las Galápagos constituye uno de los más bellos ejemplos de grupos insulares, netamente volcánicos. Las islas no tuvieron su origen en la desmembración de un vasto territorio (menos aún en el desprendimiento del continente sudamericano), ni en un levantamiento del antiguo fondo marino, sino se formaron simplemente por acumulación progresiva - primeramente en el fondo del

mar y luego en la superficie de los materiales lanzados por los volcanes durante las erupciones. En ninguna parte se descubre vestigio alguno de antiguo relieve montañoso, en ninguna parte se encuentran pruebas de grandes hundimientos o levantamientos con excepción de pequeñas manifestaciones en los volcanes aislados, debido a pequeñas causas locales.

Los canales que separan las islas son extraordinariamente profundos en casi todas partes. En la mayoría de las islas se puede ver claramente su gradual crecimiento a partir de un punto central (por lo general un cráter principal) por los derrames de lava. Luego expandieron su extensión en todas direcciones o con predominio de una, mientras al mismo tiempo aumentaban en altura. Con el tiempo se formaron muchos cráteres laterales o secundarios.

Este simple fenómeno se observa muy bien en Indefatigable y la escalofriante y desierta Narborougli, a la cual sólo vi a la distancia, desde las montañas de Albemarle, que posee un cráter central aún no extinguido, de enorme extensión. En otros casos, dos islas vecinas, formadas de la manera descrita, se han unido para formar una sola que presenta entonces una morfología alargada. Sin du-

da, esto es lo que sucedió con Albemarle y Chatham, en las cuales aparece una mitad septentrional separada de la meridional por un istmo bajo y llano, y sospecho que la mitad norte de Albemarle se formó a su vez por la unión de tres islas, cada una con un colosal cráter central, si bien en la actualidad tina cadena ininterrumpida une todos los cráteres principales. Cuando se contempla esta cadena aisladamente, uno se siente inclinado a hablar de volcanes alineados. En otras islas, en especial Chatham, James y Albemarle sud las cumbres principales muestran una disposición lineal, pero sin seguir la misma dirección, se cruzan en distintas direcciones en su prolongación y además son relativamente cortas, de manera que consideradas en conjunto, es mejor contar las Galápagos entre los volcanes agrupados.

Desde el punto de vista geológico este mundo insular es joven y seguramente su origen no se remonta más allá del período terciario. Ciertas partes son sin duda mucho más recientes. Esto debe tener especial interés para los botánicos y zoólogos, pues en ese joven archipiélago deben haber surgido en un tiempo relativamente corto muchas formas vegetales y animales endémicas y por cierto derivadas de

especies más antiguas emigradas del continente sudamericano.

Esta formación volcánica no guarda relación alguna con la mucho más grandiosa que forma la meseta de Quito, en la misma latitud, pero doce grados de longitud más al este. Desde el punto de vista petrográfico ambas formaciones son completamente distintas: la última consta de traquitas y andesitas, mientras que las islas Galápagos están compuestas de rocas basálticas.

El mismo día de mi llegada a Floreana di comienzo a mis excursiones y recolecciones. Estuve en esa isla cuatro veces pero trataré de compendiar aquí todo cuanto he de decir sobre ella. Aun cuando Floreana sólo tiene dos millas geográficas de diámetro, se necesitan varios días para conocerla medianamente, pues en realidad sólo hay un camino que lleva del desembarcadero a la hacienda, y a todos los demás lugares debe llegarse sin buscar camino, lo cual es harto difícil, sobre todo en la parte baja y árida de la isla. A menudo lleva una hora cubrir algunos centenares de metros y por cierto, la vegetación achaparrada constituye el menor de los obstáculos; la dificultad principal reside en el suelo de lava terriblemente áspero, agrietado y escabroso,

que consta en la superficie de grandes bloques rocosos de agudas aristas.

Entre las islas pequeñas, Floreana posee el relieve más variado y se diferencia por su importante número de montañas cónicas, bastante elevadas y próximas unas de otras, que vistas a cierta distancia le imparten un carácter pintoresco. Su contorno es casi circular, pero interrumpido por accidentes costeros: bahía y entradas del mar, condicionadas por corrientes de lava y montañas de escoria salientes. Como en Hood y casi todas las demás islas, el suelo va ascendiendo en forma paulatina desde la ribera hacia el interior y forma allí una elevación chata o meseta de 260 a 300 metros de altura, de conformación muy irregular y sembrada de conos montañosos que tienen una altura absoluta de 460 a 560 metros. El Cerro de Paja, el punto más alto de la isla, situado a mano derecha cuando se va de Playa Prieta a la hacienda, llega casi a los 666 metros. Si se incluyen las montañas de escoria de la región baja, de una altura relativa de no menos de 60 metros por encima de las de sus alrededores, el número ascendería a veinticuatro o veinticinco (en un área de cuatro millas cuadradas). A estas se suman otras tres montañas que emergen del mar cual islotes aislados:

Gardner, Caldwell y Enderby. Estas tres, además del peñasco Watson que tiene forma de muro interrumpido por un portal y un muro circular en la punta norte de la isla principal, constituyen den derredor de Floreana los únicos restos de una antigua formación volcánica de tobas. Todo lo demás es de escoria parda negruzca de la formación volcánica más reciente. De una ojeada en redondo desde el Cerro de Paja puede abarcarse toda la isla, y desde allí se aprecia asimismo una magnífica vista de la lejanía cuando reina buen tiempo. Desde cada una de las islas Galápagos se ven algunas de las vecinas. Desde Floreana se divisan claramente Albemarle sud con las islas Brattle y Crossman, más lejos Indefatigable, Barrington y, cuando la atmósfera es muy diáfana, las montañas de Chatham.

El clima es moderado, en cierta medida más fresco de lo que cabría esperar dada la posición geográfica, casi debajo del Ecuador, y muy sano. Por supuesto, a determinadas horas del día y cuando hay calma absoluta, el calor sobre las negras y calvas rocas de lava es sofocante, pero por lo general la brisa marina refresca el aire. En la casa del señor Valdisan, distante sólo 145 metros de Playa Prieta, el termómetro oscilaba entre 19 Y 210 y en

la hacienda, situada en la meseta a una altura de apenas 300 metros, la temperatura media es de 18 a 19^o C. Como he hecho notar anteriormente baña las islas un mar cuya temperatura asciende a 23^o C. La estación lluviosa coincide con los meses de febrero a junio pero es muy irregular, de ordinario muy corta y a menudo no se producen precipitaciones en uno o dos años. En la parte alta de la isla (por encima de 260 metros) llueve a menudo y durante todo el año, pero los chaparrones son de escasa duración. Precisamente, en ocasión de mi estada (agosto a octubre) las garúas eran bastante recias y se repetían aquí y allá cinco a seis veces en un mismo día, pero sin durar más de media hora. Se limitaban a la meseta. Sólo esporádicamente llegaban a la casa de los Valdisan, y bastaban cinco minutos de sol para disipar sus rastros. Toda la zona baja más ancha, hasta una altura de 30 a 160 metros carece de lluvias y debe conformarse con el agua caída durante las escasas precipitaciones invernales, que se escurre rápidamente a través de la lava porosa y resquebrajada o se evapora en la superficie. A pesar de estas condiciones las dos estaciones no se hacen notar tanto en la vegetación como en otras regiones tropicales (por ejemplo en las planicies de Guaya-

quil). La región superior siempre se conserva verde, la inferior -aun en invierno- igual de árida y desértica. En la parte sudeste de la isla, azotada por los vientos marinos imperantes (el alisio del sud) la región húmeda avanza casi 60 metros más hacia el mar que en el lado noroeste. Esto se observa también en las demás islas.